

Reflexiones acerca del papel de la tecnología en el pensamiento marcuseano en el marco de la sociedad industrial avanzadaⁱ

RESUMEN

Marcelo José García Farjat
garciaf_marcelo@live.com
Universidad Nacional de Córdoba

El presente trabajo tiene como objetivo caracterizar y poner en discusión el papel e implicancias de la tecnología moderna en la sociedad industrial avanzada de acuerdo al pensamiento crítico de H. Marcuse. En el marco de la opresión que el sistema capitalista imprime en las sociedades de mediados de siglo XX, concibe a la tecnología moderna como modo de producción que ejerce un rol clave en la legitimación y perpetuación del capitalismo. La técnica pasó a disponer de fines que responden al aparato industrial que detenta el poder y determina las necesidades y productos de la sociedad. Frente a ello, el filósofo alemán encuentra en la redirección de la base técnica capitalista, un elemento central para alcanzar una posible emancipación y liberación de los individuos de la represión que imprime el sistema. Y si bien Marcuse no pudo anticipar y apreciar el advenimiento de las nuevas tecnologías, muchas de sus ideas resultan de especial interés para comprender las dinámicas actuales que presentan las sociedades digitales del siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: Tecnología. Técnica. Sociedad industrial avanzada. Nuevas tecnologías. Sociedades digitales.

INTRODUCCIÓN

Las reflexiones en torno a la tecnología han sido esgrimidas por distintos filósofos y sociólogos, quienes desde diferentes perspectivas, indagan y cuestionan acerca de su papel en la sociedad y de las relaciones existentes entre ambos conceptos. Así, la filosofía de la tecnología, de acuerdo a Medina (1989), cobra relevancia como respuesta a problemas contemporáneos de la ciencia y la tecnología que se traslucen en la preocupación del fuerte impacto social, cultural y ambiental de los últimos desarrollos científico-tecnológicos en las sociedades.

Para este análisis, las contribuciones del filósofo alemán H. Marcuse resultan de particular interés a raíz del amplio y crítico aparato conceptual que ofrece para el abordaje de la temática. Mitcham (1989) lo ubica, frente a filosofías humanistas e ingenieriles, como uno de los exponentes de la tradición marxista de estudios críticos sociales de la tecnología, al ocuparse “en el análisis y la crítica sociales” (p.89).

Reconocido como uno de los mayores exponentes de la escuela frankfurtiana, sus trabajos se dirigieron a entender a la sociedad a la cual pertenecía, es decir, desde una mirada y análisis de carácter histórico situado, frente a posturas filosóficas de carácter metafísico y especulativo. Estas, al absolutizar la técnica, no proponen transformaciones sociales, ni críticas serias a la dominación y control social ejercidas por la tecnología que se advierten en las sociedades capitalistas (Feenberg, 1995). Marcuse denuncia (al igual que Horkheimer y Adorno) las presuntas bondades y promesas de liberación de la Ilustración al entronizar el saber de la ciencia que aspira, no a la felicidad y la verdad, sino a la explotación y dominio de la naturaleza desencantada. En el marco de las sociedades industriales, la productividad designa el grado en el dominio y la transformación de la naturaleza: “el reemplazamiento progresivo de un ambiente natural incontrolado por un ambiente técnico controlado” (Marcuse, 1983, p.147).

Por lo tanto, y ante posturas apocalípticas y tecnofóbicas que impregnan a muchos de los estudios filosóficos y sociológicos de la tecnología, la teoría crítica de Marcuse brinda valiosos aportes para redefinir nuestra relación con la tecnología al situarla como un elemento central en su armazón conceptual para pensar y alcanzar una sociedad libre y no represiva en respuesta al capitalismo industrial que oblitera el despliegue y desarrollo de las facultades humanas y de las potencialidades de los sujetos al totalizar e integrar todas las dimensiones de la existencia humana. En este contexto, señala dos hipótesis de capital importancia (y contradictorias desde su óptica) que navegan en sus reflexiones vertidas en el *Hombre Unidimensional*: por un lado, que las sociedades industriales son capaces de contener e imposibilitar un cambio cualitativo, y por otro, y desde el propio seno de las sociedades unidimensionales, la existencia de fuerzas y tendencias plausibles de desbordar y subvertir el orden imperante (Marcuse, 1993).

Por otra parte, huelga destacar que si bien Marcuse no logró anticipar la revolución tecnológica de fines de siglo XX, sus contribuciones presentan especial relevancia, no solo para conceptualizar las distintas problemáticas que trae consigo el desarrollo expansivo de la revolución digital y el consumo desenfrenado, sino también para escudriñar nuevas alternativas ante la actual relación del sujeto con la tecnología: “Creo que Marcuse es hoy, especialmente importante para nosotros como uno de los primeros pensadores que no solo abordó las implicaciones técnicas de la tecnología moderna, sino que también

formuló una respuesta tecnológica” (Feenberg 2013,p.291). En este sentido, algunos marcos teóricos presentes replican varias de las preocupaciones expuestas por Marcuse en torno al desenvolvimiento de las sociedades unidimensionales en el marco de un capitalismo tardío que reprime y esclaviza el despliegue de las potencialidades del cuerpo tecnosocial, inscritas en las propias condiciones sociales del sistema.

Con el propósito de caracterizar y discutir el pensamiento de Marcuse en lo que refiere al papel de la tecnología en las sociedades capitalistas, se va a tomar como hilo conductor del trabajo los siguientes interrogantes: ¿Cómo concibe Marcuse a la tecnología moderna en el marco de las sociedades industriales avanzadas?, ¿Qué papel ocupa la dimensión tecnológica para pensar en la liberación del ser humano de las ataduras impuestas por el sistema? ¿Qué herramientas y elementos conceptuales provistos por el autor podrían ser de utilidad para la comprensión de las sociedades digitales actuales bajo el amparo del capitalismo en el siglo XXI? Para responder a estos interrogantes, en primer lugar se busca explorar y poner en discusión el rol que desempeña la tecnología en las sociedades industriales avanzadas, con énfasis en el advenimiento de la racionalidad tecnológica que caracteriza a las sociedades unidimensionales diagnosticadas por el autor. En segundo lugar, se van a discutir algunas de las salidas que ofrece Marcuse para trazar la posibilidad de concebir una sociedad no represiva, más libre y justa. Finalmente se pretende, a partir de algunos marcos teóricos actuales, repensar y redescubrir algunas de sus contribuciones más significativas para la comprensión de ciertas problemáticas que envuelven a las sociedades digitales del siglo XXI.

DESARROLLO (RESULTADOS Y DISCUSIONES)

TECNOLOGÍA, TÉCNICA Y DOMINIO

La preocupación constante en torno al poder y consecuente dominio de la tecnología en las sociedades industriales avanzadas atraviesa distintas obras y momentos del pensamiento marcusiano. A modo de contextualizar la discusión, cabe señalar que Marcuse (1993), en su célebre obra *El Hombre Unidimensional*, despliega un conjunto sistemático de ideas que giran en torno a las preocupaciones por la opresión que el sistema capitalista industrial imprime en las sociedades de mediados de siglo XX. Esto se debe a que el capitalismo disciplina e integra todas las dimensiones de la existencia, ya sea de carácter público o privado. Sociedades industriales, cuyos individuos reproducen la represión sufrida más que en cualquier otra época (Marcuse, 1993, p.7). A raíz de ello, pregona una concepción del ser humano, que anulado por la sociedad, se encuentra signado por el consumo, por la preservación del *status quo* y por la proliferación constante de necesidades falsas y sublimadas.

En este contexto, en su temprano ensayo *Algunas implicaciones de la tecnología* (2001), es posible, no solo rastrear y anticipar su tesis de la unidimensionalidad que desarrolla en obras posteriores, sino también su señalamiento al potencial democrático del desarrollo tecnológico moderno (Feenberg, 2012, p.66); ensayo en el cual la tecnología aparece como el centro y eje de discusión para el abordaje de las sociedades industriales. Aquí, y en contraposición a las tesis instrumentalistas y deterministas que defienden y pregonan su neutralidad, la tecnología es entendida como modo de producción

que ejerce un rol clave en la legitimación y perpetuación del capitalismo industrial:

La tecnología se toma como un proceso social en el cual la técnica propiamente dicha (los aparatos técnicos de la industria, el transporte y las comunicaciones), son solo un factor parcial... la tecnología, como modo de producción, como la totalidad de instrumentos, mecanismos y aparatos que caracterizan a la edad de la máquina, es así al mismo tiempo, un modo de organizar y perpetuar las relaciones sociales, manifestación del pensamiento prevaleciente y de los modelos de comportamiento, instrumento para el control y la dominación (Marcuse, 2001, p.53-54).

Lo mencionado permite entender a la tecnología como un elemento central de poder que configura la sociedad, es decir, como proceso social que instituye nuevas formas de control y cohesión sociales; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de técnicas (Marcuse, 1993, p.26). En esta dirección, Feenberg expresa: "Al igual que Marcuse, yo no relaciono la revelación tecnológica con la historia del ser, sino con las consecuencias de las divisiones que persisten entre las clases y los dominantes y dominados en todo tipo de instituciones técnicamente mediadas" (Feenberg, 1995, p.111).

Si la sociedad se halla configurada en torno a la tecnología, deviene en la principal forma de poder social (Feenberg, 2005). Así, una de las máximas para comprender el pensamiento de Marcuse reside en que la perpetuación del sistema capitalista se deriva a raíz del dominio ejercido por ideologías tecnocráticas basadas en la eficiencia que, mediante la productividad y el crecimiento, sostienen al progreso técnico material que organiza y estabiliza a las sociedades industriales:

La racionalidad tecnológica revela su carácter político a medida que se convierte en el gran vehículo de una dominación más acabada, creando un universo verdaderamente totalitario en el que sociedad y naturaleza, espíritu y cuerpo, se mantienen en un estado de permanente movilización para la defensa de este universo (Marcuse, 1993, p.48).

De acuerdo a Habermas (1986), Marcuse afirma que la técnica misma es dominio sobre la naturaleza y los hombres: un dominio metódico, científico, calculado y calculante (p.55). Es considerada como un proyecto histórico-social; en él se proyecta lo que la sociedad e intereses en ella dominantes tienen el propósito de hacer con los hombres y las cosas (Habermas, 1986, p.55). Esto implica que la técnica responde a los intereses de los dominantes, quienes son los encargados de definir y establecer su alcance en la sociedad. Tanto para Marcuse como para Habermas, la tecnología y la ciencia juegan un rol legitimador del capitalismo, en donde el aparato técnico determina *a priori* las necesidades y productos de la sociedad (Habermas, 1986); la técnica responde a intereses políticos y sociales (Fischetti, 2011). Por consiguiente, es capaz de propiciar escasez como abundancia, autoritarismo como libertad (Marcuse, 2001); los dispositivos de control y de coordinación no pueden ser separados de la forma en cómo se los emplea (Lenguita, 2002, p.406).

En el devenir del proceso de tecnificación, el desarrollo tecnológico pasó a disponer de fines que responden al aparato industrial que detenta el poder y que sofoca y clausura la autonomía y libertad de los individuos en el marco de la difusión y establecimiento de la racionalidad tecnológica que perpetúa la dominación ejercida por el sistema capitalista y que gobierna el desarrollo de las

sociedades industriales avanzadas. La transformación de la racionalidad individual en racionalidad tecnológica trajo consigo la aparición y posterior institucionalización de cánones de individualismo diferentes de los que primaban al comienzo del desarrollo tecnológico (Marcuse, 2001). El hombre moderno y burgués, entendido como un sujeto racional, liberal, autónomo y con valores fundamentales que ninguna autoridad podía invadir, era capaz, bajo la tutela de sociedades liberales, de visualizar sus logros de manera tangible en la esfera de la libre competencia. Por el contrario, ahora se halla confinado a los mandatos y necesidades del aparato industrial, y las acciones y formas de pensar de los sujetos aparecen predeterminadas y prescritas por este. La producción de bienes, aduce Marcuse (2001), socavó las bases económicas sobre las que se conformaba la racionalidad individual, siendo la eficiencia estandarizada la premisa fundamental que subyace a esta nueva racionalidad: “la productividad reemplazó a la individualidad” (Fischetti, 2011, p.160). Por consiguiente, el principio de la eficiencia competitiva beneficia a las empresas que disponen de equipos industriales más mecanizados y racionalizados. Y en virtud de ello, el poder tecnológico conduce a la concentración del poder económico: “la tecnología aumenta de manera permanente el poder que está a la mano de las empresas gigantes al crear nuevas herramientas, procesos y productos” (Marcuse, 2001, p.57).

Para ilustrar lo dicho, Marcuse considera a la administración científica taylorista como uno de los modelos (en conjunto con el fascismo alemán y el marxismo soviético) que reproduce y da cuenta de la prevalencia e implicancia de la racionalidad tecnológica en las sociedades industriales. Modelo en el cual, en el marco de un control estricto de las actividades de los operarios (bajo su cronometrización del tiempo para lograr la optimización y eficiencia en términos productivos), deja en evidencia el papel subsidiario del sujeto frente a la máquina al mismo tiempo que expresa el modo de control sobre los individuos que instituye y sostiene la racionalidad tecnológica. Bajo reglas y leyes preestablecidas, estos deben completar las actividades que la máquina era incapaz de hacer, lo que da lugar a una relación unilateral entre sujeto y máquina; relación que funda la racionalidad tecnológica y que tiene como máxima la eficiencia estandarizada y sumisa.

En esta lógica maquinal, el sujeto actúa como asistente y colaborador de la máquina y no hace uso real de ella, más bien debe ajustarse a sus demandas, necesidades y obligaciones. Tanto las aptitudes, como su conocimiento y comprensión, se transforman en diferentes cantidades de experiencias y capacitaciones que se deben adecuar y responder al desempeño programado y articulado que demanda el aparato industrial (Marcuse, 2001).

El desarrollo y alcance del esquema taylorista no es casual ni fortuito. Marcuse ancla a la administración y división del trabajo científicas en el marco del apogeo del positivismo y su ideal de ciencia exacta que se impone en la época para comprender y dar cuenta de los fenómenos sociales. Considerado como soporte ideológico de las sociedades represivas, es criticado por el autor a raíz de su acriticidad, ahistoricidad y por sus pretensiones universalistas (Lessnoff, 2011). En este sentido, alerta que el empirismo radical defendido por esta doctrina se extiende más allá del campo académico-científico, al clausurar el universo discursivo y político de los sujetos. Ello, al encargarse, no solo de regir y prescribir sus hábitos de pensamiento, sus aspiraciones individuales, sino también de modelar la cultura material e intelectual, dando lugar a un lenguaje de carácter

anticrítico y antihistórico que funcionaliza y configura nuestra forma de “experienciar y sentir el mundo”. Así, el aparato se erige como coordinador de ideas y objetivos requeridos para su perpetuación, y a la vez, como encargado de rechazar (o reducir) aquellas nociones discordantes con el universo social preconizado y establecido por el sistema.

En esta línea, el desenvolvimiento de las sociedades industriales avanzadas se halla circunscripto a las posibilidades de bienestar material que el sistema les propicia. Bienestar que se caracteriza por la mejora en la calidad de vida de los individuos propiciado por un mayor acceso a diversos productos que oferta el mercado. Hecho que otorga una sensación aparente de libertad que, enmarcada en los logros materiales tangibles del progreso tecnológico, eclipsa la capacidad crítica y oposición de los sujetos. Por consiguiente, y tal como señala Beck, el progreso es el sustitutivo del cuestionamiento, una especie de previa aceptación de fines y consecuencias que ni se conocen ni se mencionan (1998, p.238). Los avances tecnológicos, más allá de promover un mejor estilo de vida, no serán capaces de lograr un verdadero progreso si se continúa perpetuando la opresión, la falta de oportunidades y de libertad social. Y esto se agudiza al quitarles poder a los miembros de la sociedad en cada aspecto social (Feenberg, 2012). En consonancia con lo mencionado, Marcuse arguye que el progreso de orden cuantitativo no libera a los sujetos de la opresión que imprime el aparato, más bien lo ratifica:

La cultura ha sido cultura de poder, en la medida en que las necesidades sociales eran determinadas por el interés de los grupos que detentasen el poder, y este interés definía las necesidades de los demás y los modos y límites de su satisfacción. Esta cultura ha desarrollado la riqueza social hasta un punto en el que las renuncias y cargas impuestas a los individuos aparecen más y más innecesarias, irracionales. La irracionalidad de la falta de libertad se expresa de la manera más patente en el sometimiento intensivo de los individuos bajo el monstruoso aparato de producción y distribución, en la desprivatización del tiempo libre, en la mezcla casi indiferenciable de trabajo socialmente constructivo y destructivo (Marcuse, 1969, p.2).

En este nuevo escenario que denuncia Marcuse, es racional y parece (hasta) legítimo atender a las demandas y necesidades falsas impuestas por el sistema, al promover, como bien se expresó, mejores condiciones de vida de material para los individuos que siguen sus instrucciones y mandatos. De este modo, la satisfacción creciente de dichas necesidades encubre su carencia real de libertad al suprimir cualquier instancia de oposición a los dictámenes del aparato racional que ha mecanizado y homogeneizado el universo. En consecuencia, nos hallamos con sujetos programados para la reproducción de un orden heterónomo; incapaces de reconocer y darse sus propios intereses. El propio aparato industrial se encarga de ocultar y obliterar dicha capacidad al invadir la libertad interior de los sujetos (último resguardo de libertad real y de autenticidad) que evapora las distinciones entre lo público y lo privado. Como resultado, se erige una relación mimética de los individuos con el esquema ideológico represivo, es decir, se suscita una identificación inmediata y automática con los predicamentos y valores promovidos por la *sociedad unidimensional*, producto de una gestión y organización elaboradas científicamente:

Una de las más firmes verdades del capitalismo es su empeño por eliminar del individuo la consciencia histórica y convertirse así en el mundo natural del hombre; de

esta forma se niega «la diferencia entre posibilidad y actualidad como vehículo de la libertad humana que aspira a realizar sus potencialidades» (Yvars, 2007, p.22).

A partir de lo dicho, se constata el triunfo del quietismo acrítico denunciado por Marcuse (1993) que impregna a las sociedades unidimensionales; en donde el aparato industrial aparece como responsable de perpetuar y sostener formas de existencia humana signadas por la miseria, la avaricia, la competencia y la injusticia, condiciones que se intensifican y se solidifican a la par de un creciente y sostenido desarrollo tecnocientífico (en particular, tras la finalización de la segunda guerra mundial) al que asisten las sociedades industriales. El progreso de orden cuantitativo, marcado por la difusión y el aumento de producción de mercancías en un mercado lucrativo, facilita el acceso a los productos que manipulan y adoctrinan a los individuos; forman parte esencial del devenir humano y se establecen como (buen) modo de vida en una realidad que advierte el estrechamiento creciente de las diferencias de consumo.

Así, el capital se reifica y se constituye como un orden trascendente capaz de materializar y canalizar las necesidades y deseos, de liberar (por medio de las mercancías) la angustia y frustración de los individuos, y alcanzar la felicidad: “los logros justifican la dominación, los valores sociales establecidos se hacen personales de la gente, la adaptación viene a ser espontaneidad, autonomía y la elección entre necesidades sociales aparece como libertad” (Marcuse, 1969, p.21).

El diagnóstico proferido por el autor permite advertir el surgimiento y éxito del pensamiento positivo (caracterizado por la repetición, la imitación y la falta de autonomía) que caracteriza al sujeto contemporáneo unidimensional que reproduce fielmente los estándares y mandatos que la racionalidad tecnológica extiende en todas las esferas, al mismo tiempo que se integra al servicio de la sociedad: “el hombre unidimensional es resultado de la transformación de la persona en instrumento, de la consumación de su enajenación y cosificación; es decir, la entrega voluntaria de su libertad y necesidades” (Moreno, 2018, p.63).

En suma, el aparato industrial se encarga de otorgarle a los sujetos la sensación de completitud por medio de la satisfacción de necesidades heterónomas que gobiernan su quehacer cotidiano, que señala, en última instancia, la inutilidad y la irracionalidad de la queja y oposición ante el evidente bienestar material que les provee. Lo que se traduce, en definitiva, en el socavamiento de la individualidad y la autonomía de los sujetos; en la clausura de su libertad de pensamiento y acción conforme se desarrolla el proyecto histórico-social imperante.

HACIA LA POSIBILIDAD DE UNA SOCIEDAD LIBRE Y NO REPRESIVA

En el marco de las reflexiones y críticas de Marcuse al sistema capitalista y la consecuente dominación de la racionalidad tecnológica por sobre la naturaleza y el ser humano: ¿Es posible imaginar cambios en la razón instrumental y concebir una sociedad más libre y no represiva? Más allá de su marcado pesimismo frente a la razón instrumental imperante que subyace al sistema capitalista, Marcuse señala, a partir del carácter contingente e histórico de la razón instrumental, la existencia de fuerzas intelectuales y materiales (1986) capaces “de lograr una mejora significativa y cualitativa en las condiciones de vida humana y los medios necesarios para su materialización” (Marcuse, 1993, p.20). Para ello, propone una nueva abertura al ser, mediante una transformación revolucionaria de la praxis

vigente; lo que conllevaría a una transformación de la naturaleza de la racionalidad instrumental, mediante la abolición de clases y sus principios rectores de funcionamiento. Hecho que daría lugar a una nueva ciencia y una nueva tecnología radicalmente diferentes que se traducirían en armonía de los sujetos con la naturaleza (Feenberg, 1996). La naturaleza sería concebida como sujeto, y los seres humanos aprenderían a alcanzar sus logros mediante la realización de sus potencialidades inherentes a la naturaleza y no devastándola, con fines inmediatos como el lucro y el poder” (Feenberg, 1996, p.48). En otras palabras, Marcuse apuesta fuertemente en la aparición de nuevos diseños en ciencia y tecnología que las libere de las características negativas que ostentan.

Para ello aduce la exigencia de una relación apacible con la tecnología fundada en un pacifismo de la existencia. Esto es, que los deseos, necesidades y aspiraciones de los sujetos no se encuentren gobernadas y organizadas por las condiciones e intereses promovidos por el aparato, encargado de suprimir cualquier opción que busque trascender y desafiar el *status quo* imperante.

En este sentido, y a diferencia de posturas tecnofóbicas y apocalípticas, el autor entiende que la relación epocal y contingente del sujeto con la técnica es plausible de ser modificada en aras de la felicidad, justicia y libertad (real) de los individuos. Ello, en tanto que las posibilidades de transformación se hallan implícitas en las fuerzas técnicas del capitalismo avanzado (Marcuse, 1969). La salida de la sociedad unidimensional no implica el rechazo directo al progreso técnico actual, sino a sus intereses (Fischetti, 2011), valores y predicamentos que subyacen al proyecto histórico-político dominante. En una época marcada por la automatización del trabajo (su racionalización y mecanización) que encuentra su mayor expresión en la lógica maquina en la que se sitúa el ser humano en la “edad de la máquina”, es posible concebir un Eros (pulsiones de vida) capaz de dirigir sus energías pulsionales hacia otros fines diferentes a los del trabajo (Loureiro, 2005). El progreso técnico, bajo el amparo del capitalismo, oculta y aprisiona el despliegue de las potencialidades humanas inmanentes a su constitución. En esta dirección, y tal como lo resalta en *Eros y Civilización* (1983), la reerotización del cuerpo suprimida por el principio de realidad excedente, en donde la renuncia aparece como un prerrequisito para alcanzar el placer y la gratificación en el mundo civilizatorio industrial, es una condición *sine qua non* para la liberación del ser humano; el recupero pleno de la erotización que libere sus potencialidades ante la desublimación represiva:

El «vuelo hacia la interioridad» y la insistencia por conseguir una esfera privada pueden servir de baluarte contra una sociedad que administra todas las dimensiones de la existencia humana. La interioridad y la subjetividad son susceptibles de convertirse en el espacio interno y externo para la subversión de la experiencia, para la creación de otro universo (Marcuse, 2007, p.84).

Así, y frente a la posibilidad de una realidad diferente a la vigente, signada por la lucha por la supervivencia en una sociedad clasista y estratificada, se torna necesario no circunscribir dicha posibilidad al mero cambio de fines y metas en términos productivos (dada su imposibilidad de modificar la lógica imperante); fuente de los problemas advertidos en las sociedades industriales. Por ello, un imperativo radica en la transformación de la base material, así como de las superestructuras institucionales (Feenberg, 2013). Siguiendo a Feenberg (2013), la reconstrucción de la tecnología moderna es de capital importancia para la liberación erótica pregonada por Marcuse, capaz de superar la lucha por la

existencia, y por lo tanto, de propiciar una relación armónica entre los sujetos y la naturaleza (concebida, hasta ahora, en términos cuantificables y científicos):

La transformación tecnológica es al mismo tiempo transformación política, pero el cambio político se convertirá en cambio social cualitativo sólo en el grado en que altere la dirección del progreso técnico, esto es, en que desarrolle una nueva tecnología, porque la tecnología establecida se ha convertido en un instrumento de la política destructiva. Tal cambio cualitativo sería una transición a un estadio más alto de civilización si las técnicas fueran designadas y utilizadas para la pacificación de la lucha por la existencia (Marcuse, 1993, p.255-256).

A partir de lo dicho, es necesario destacar cómo, a diferencia de Adorno y Horkheimer, Marcuse no solo se limita a señalar la negatividad inherente al sistema capitalista, sino que concibe una sociedad libre y no represiva que rompa con el continuo histórico que dé lugar a una real transformación. Lo mencionado se funda en una creencia moral que enuncia que la existencia humana ha de trascender su condición de medio para darse su propio fin (Ortega Esquembre, 2017). En tanto que en *El final de la utopía* destaca: “podemos construir el mundo en un infierno, como ustedes saben, estamos en el buen camino para conseguirlo. Pero ciertamente podemos transformarlo en todo lo contrario”(Marcuse, 1986, p.7).

La búsqueda del progreso cualitativo frente al ya explicitado progreso cuantitativo, que anula la capacidad crítica de los sujetos y la comprensión de la realidad objetiva, es un imperativo ante la pérdida de la razón y de la capacidad de darse a sí mismos necesidades verdaderas y auténticas en un universo en el cual la dominación logra disfrazarse como opulencia y libertad (de carácter heterónomo): las diversas funciones de la razón convergen en el mantenimiento incondicional del aparato, conforme al proyecto histórico y su sistema técnico se desarrollan (Marcuse, 2001).

Por lo tanto, es imprescindible lograr un cambio radical en la praxis social que permita liberar a los sujetos de las ataduras impuestas por el aparato industrial moderno en el que el trabajo, la propaganda, la organización gubernamental e industrial y la educación se encuentran sujetos a los mandatos de la eficiencia tecnológica (Marcuse, 2001) que impregnan al universo social y tecnológico que racionaliza (y oculta) la falta de libertad a la vez que absorbe e integra todas las esferas de la cultura. Se precisa de un cambio cualitativo, en donde los sujetos puedan configurar y dirigir autónomamente sus respectivas vidas en desmedro de la “imposibilidad técnica” de ese cambio que parece indicar el triunfo del pensamiento positivo. Pero para arribar a dicha autodeterminación, no es suficiente lograr la liberación del adoctrinamiento y la manipulación que rigen y permean a las sociedades industriales, puesto que la disposición del control efectivo de los individuos sobre la producción y distribución de las necesidades se erige como una condición indispensable para la concretización del proyecto utópico marcuseano. En este sentido es necesario alcanzar, arguye Marcuse (1969,1993), un cambio real de la base técnica, que sostiene y conforma el andamiaje del actual capitalismo avanzado, que contemple su redireccionamiento y reconstrucción de acuerdo a las exigencias de los instintos vitales, dado que la realización y alcance de la libertad depende de las técnicas, intereses, metas y valores que envuelven a su desenvolvimiento.

En la actualidad, es posible encontrar en el aceleracionismo de Srnicek y Williams, una alternativa de carácter filosófico-político que replica, aunque desde

un ángulo diferente al marcuseano, la tentativa de superar las actuales condiciones de existencia de los individuos a fin de alcanzar una sociedad postindustrial; capaz de emanciparse de las ataduras impuestas por el capitalismo, de los mandatos y predicamentos del trabajo moderno. Y en consecuencia, de liberar su potencial sociotecnológico (reprimido y latente) inmanente que se halla en las propias condiciones sociales del capitalismo.

Bajo esta órbita, la redirección material de la tecnología hacia otros fines (opuestos a los actuales) es un imperativo para la materialización de la propuesta aceleracionista de izquierda. Frente a discursos tecno-utópicos (estrechamente ligados a las premisas del determinismo tecnológico) que conciben a la aceleración tecnológica como la única fuerza capaz de resolver los conflictos, desde *el Manifiesto por una Política Aceleracionista* (2017a), la articulación de la tecnología a un programa sociopolítico es de vital importancia para arribar a una época post-capitalista. Situación que obliga a pensar en una liberación que contemple y haga usufructo de la maquinaria tecnológica desarrollada y puesta a disposición por el capitalismo desde los albores de la industrialización. Hecho que cobra mayor fuerza si se toma en consideración la infraestructura tecnológica actual, la cual está generando los recursos necesarios para alcanzar un sistema económico-político diferente: “una democracia global participativa es ahora más factible que nunca” (Srnicek y Williams, 2017b, par.1).

Para concluir, el planteamiento aceleracionista, no solo presenta una fuerte crítica al presente que nos envuelve, sino que traza la posibilidad de pensar e imaginar un futuro diferente al neoliberalismo. Perspectiva que encuentra en la desindustrialización, un paso esencial para trascenderlo y lograr una sociedad emancipada del trabajo. Y para tal propósito, la redirección de la base material capitalista resulta de capital importancia para liberar su potencial sociotecnológico en pos de una sociedad más justa, plural e igualitaria (Galliano, 2020).

ALGUNOS APORTES Y DERIVACIONES DEL PENSAMIENTO MARCUSIANO PARA LA COMPRESIÓN DE LAS SOCIEDADES DIGITALES

Si bien Marcuse no fue capaz de anticipar y apreciar lo que Castells (1996) denomina “revolución tecnológica”, muchas de sus ideas son vitales para comprender las dinámicas actuales de las sociedades occidentales signadas por la creciente digitalización de la vida, la aceleración tecnológica y el papel central de los algoritmos en la configuración de subjetividades en el marco de lo que Fisher (2017) denomina “realismo capitalista”.

El sistema actual se erige, no solo como una forma de organización social y económica hegemónicas, sino que también (y allí radica lo distintivo y su fuerza) se constituye como la única alternativa viable y concebible: el capitalismo consume todas las historias; se presenta como el mejor y único escenario para el desarrollo y bienestar de los colectivos sociales, y las posibilidades de configurar un horizonte por fuera de sus parámetros, se obturan y se evaporan. Si antes (en las sociedades industriales diagnosticadas por Marcuse) el sistema debía contener y absorber las fuerzas externas, en tiempos de realismo capitalista, los deseos, aspiraciones, comportamientos y expectativas se hallan premoldeados y preconfigurados por la cultura capitalista: todo lo que pensamos, vivimos y sentimos, ya es anticipado y reconocido; no hay un afuera, y todo lo que se produce, se encuentra confinado a su interior. Dicho de otro modo, se asiste al

paso, en términos fisherianos, de la “incorporación” (característico de la época fordista) a la “precorporación” (distintivo de la nueva ontología capitalista).

En esta dirección, varias de las preocupaciones de Marcuse se replican en la actualidad. Nos hallamos insertos en una sociedad de consumo que asiste a procesos de fetichización material y mercantil caracterizada por la multiplicación y creciente uniformidad de necesidades secundarias impuestas y condicionadas por el sistema. La actividad humana se halla confinada a la lógica del beneficio y la productividad en detrimento del libre desarrollo del individuo (Marian, 2019). En otras palabras, es valorado y evaluado de acuerdo con su habilidad para hacer, aumentar y mejorar cosas socialmente útiles; prevalece “su hacer” y “el tener” en detrimento de “su ser”.

De acuerdo al pensamiento de Fisher, por medio de las publicidades y las relaciones públicas que ofertan mercancías suaves, se desplaza a lo público y atractivo, a lo tradicional y serio, en favor de la seducción suave y la gratificación inmediata que emanan las mercancías cimentadas y reforzadas en las atracciones libidinales propias de un capitalismo consumista que intensifica el deseo de los consumidores por los bienes materiales (Fisher, 2017). Así, el sistema capitalista, no solo crea productos y manipula intereses, sino que modela tipos de consumidores. La obsolescencia programada, encargada de determinar la vida útil de los artefactos, y la obsolescencia estética o psicológica, responsable, por medio de las distintas campañas de *Marketing*, de que las personas perciban como obsoletos a los objetos técnicos y digitales que forman parte su cotidianeidad, grafican y dan continuidad a las críticas de Marcuse a la sociedades de consumo y de la abundancia bajo el prisma de su tesis de la unidimensionalidad. Sociedades marcadas por la necesidad incesante de poseer, comprar, descartar y renovar de forma permanente los distintos artefactos que dispone y oferta el mercado lucrativo.

En esta trama, es posible advertir en los medios de comunicación, discursos y estrategias de promoción dirigidos, por un lado, a estimular e promover la imaginación y el deseo de compra con promesas. Y por otro, a dar respuesta a los miedos y esperanzas que despiertan las nuevas tecnologías (Cabrera, 2003). Se busca que los productos ofertados sean considerados indispensables para los usuarios: la consigna “hay que tenerlos” es central, dada su (presunta) capacidad de facilitar nuestro quehacer cotidiano. Bajo esta órbita, las nuevas tecnologías, manifiesta Cabrera (2003), aparecen como el rostro del nuevo optimismo contemporáneo. La eficiencia material de los aparatos técnicos nos indicaría que vivimos en “el mejor de los mundos posibles” (p.203). Eficiencia que se torna visible en su buen funcionamiento técnico y en sus resultados: la tecnología nos da poder y nos permite el (presunto) ejercicio de la libertad humana. Paralelamente, los distintos mecanismos y lógicas que conforman a los desarrollos neotecnológicos se invisibilizan y aparecen inasibles para los sujetos.

En este contexto de irrupción de las nuevas tecnologías, manifiesta Wolton, estamos frente a un dogma imperante:

...se trata de un dogma, que identifica la felicidad individual y colectiva con la capacidad de estar «conectado» y multiconectado. Con la consecuencia siguiente: toda crítica, todo escepticismo, expresa y descubre un rechazo al progreso y al porvenir, ya que actualmente la idea de progreso se identifica estrictamente con las nuevas tecnologías de comunicación (2000, p.37).

Hoy se advierte que la Red, no solo suministra material para pensar, sino que también se encarga de moldear y configurar nuestro pensamiento (Carr, s/f). Como resultado, asistimos a un empobrecimiento de la capacidad humana que nos convierte en objetos de la tecnología; a una degradación de nuestras capacidades afectivas y deliberativas (Berardi, 2019); a la pérdida de invención cognitiva en términos de Srnicek y Williams (2017a). Hecho que obstaculiza, no solo la posibilidad de generar subjetividades sociales y autónomas, sino también el despliegue de las potencialidades inscritas en la propia conformación del sujeto. Sadin expresa esta situación en el marco de una economía del dato y de la silicolonización del mundo, como un modelo civilizatorio de “acompañamiento algorítmico de la vida destinado a ofrecer a cada ser o entidad, y en todo momento, el mejor de los mundos posibles” (Sadin, 2017, 2018): “los individuos no están en condiciones de elaborar conscientemente la inmensa y creciente masa de información que entra en sus ordenadores, en sus teléfonos portátiles, en sus pantallas de televisión, en sus agendas electrónicas y en sus cabezas” (Berardi, 2003, p.22). En este contexto, la constante delegación y dependencia de los sujetos a los poderes de la inteligencia computacional aparece como un elemento central que caracteriza a nuestra actual relación con la técnica, en donde los algoritmos se encargan de instrumentalizar (aunque de forma imperceptible para gran parte del cuerpo tecnosocial), tanto las acciones y hábitos de pensamiento, como las prácticas e interacciones de los sujetos en el universo digital.

CONSIDERACIONES FINALES

Aunque Marcuse no fue testigo de la revolución tecnológica de fines de siglo, sus contribuciones resultan de particular relevancia como punto de partida para situar y abordar distintas problemáticas que envuelven a las sociedades digitales del siglo XXI. Se descubre en sus trabajos algunos antecedentes significativos que permiten comprender nuestra relación con la tecnología en un mundo neotecnologizado que asiste a una intensificación de prácticas y hábitos consumistas por parte de una sociedad que encuentra en los objetos técnicos y digitales, únicamente herramientas dirigidas a satisfacer sus necesidades materiales (de naturaleza histórica) vehiculizadas y direccionadas por el orden capitalista. Satisfacción que les propicia “libertad” y un aparente bienestar que torna innecesaria y (hasta) irracional la queja frente al aparato, a la par que se consolida y se fortalece el *status quo* imperante que diluye cualquier tipo de alternativa que lo desafíe.

En tiempos de realismo capitalista, donde el sistema perpetúa la pobreza, la flexibilización laboral y las injusticias a la vez que esclaviza y reprime el potencial sociotecnológico (latente) de los sujetos, tenemos nuevamente un llamamiento a la necesidad de libertad y emancipación marcuseanas, de un progreso cualitativo que libere las potencialidades de los hombres aprisionadas por el sistema. De esta forma, y siguiendo a Marcuse (1993), se precisa el rechazo a todo tipo de quietismo acrítico y tendencias acomodaticias de la razón que actúan en aras de los intereses del poder dominante. O como bien puntualiza Haraway (2019), se pone en evidencia la urgencia de abandonar la máxima del “*game over*”; “de que todo está perdido y que no se puede hacer nada”. Estamos en presencia de una época marcada por la normalización de las crisis y por una impotencia reflexiva. Esto es, conocemos que las “cosas” no funcionan como debiera ser, pero al

mismo tiempo se asume la incapacidad de ejercer y oponer resistencia (Fisher, 2017).

Quietismo “cínico” que da lugar a la paralización de todo tipo de pensamiento crítico capaz de subvertir las actuales condiciones de existencia humana que hoy prevalecen y sostienen a este universo neotecnologizado: “la comunidad está demasiado satisfecha para preocuparse” (Marcuse, 1993, p.114). Frente a conductas y hábitos sociales propios de una sociedad conformista y opulenta que hace usufructo de las buenas condiciones de vida ofrecidas por las nuevas tecnologías, se hace omisión de la base material (signada por la desigualdad, injusticia y precariedad laboral) que mantiene y permite su materialización en el marco de las múltiples problemáticas sociales, ambientales, éticas y culturales que se desprenden de los modelos actuales de desarrollo, consumo y acumulación que cimentan al capitalismo.

En suma, en un universo social y neotecnológico donde los conceptos de autonomía y crítica quedan relegados ante la identificación, homogeneización, rendimiento y lucro, recuperar el pensamiento crítico, cuyo valor de verdad se preserva en caso de dirigirse a la realización plena de las potencialidades de los sujetos (Marcuse, 2001) es hoy en día, no solo una herramienta indispensable para lograr una sociedad más justa, libre y menos represiva, sino también para pensar en una sociedad emancipada capaz de reconquistar el dominio sobre su destino (Avanessian y Reis, 2017). Y en este contexto, recuperar y discutir el legado utopista de Marcuse se presenta valioso para impulsar nuevas condiciones de existencia humana; para alcanzar una real transformación social en donde el desarrollo técnico, sujeto a la razón instrumental prevaleciente que legitima (y perpetúa) el dominio, pueda ser redireccionado hacia otros intereses y valores en aras de la pacificación de la existencia y de un cambio cualitativo en las sociedades represivas.

Reflections on the role of technology in Marcusian thought in the framework of advanced industrial society

ABSTRACT

This paper aims to characterize and discuss the role and implications of modern technology in advanced industrial society according to the critical thinking of H. Marcuse. Within the framework of the oppression that the capitalist system imposes in mid-twentieth century societies, Marcuse conceives a modern technology as a mode of production that plays a key role in the legitimation and perpetuation of capitalism. The technique became available for purposes that respond to the industrial apparatus that holds power and determines a priori the needs and products of society. Against this, the redirection of technical basis of capitalism plays a central role in the possible emancipation and liberation of individuals from the repression imposed by the system. And while Marcuse could not anticipate and appreciate the advent of new technologies, many of his ideas are vital to understand the current dynamics of digital societies in the XXI century.

KEYWORDS: Technology. Technique. Advanced industrial society. New technologies. Digital societies

NOTAS

¹ El presente artículo amplía y profundiza la ponencia "Una aproximación al pensamiento de Herbert Marcuse y el rol de la tecnología moderna en la sociedad industrial avanzada", presentada en las XXVI Jornadas de Jóvenes Investigadores, los días 17, 18 y 19 de octubre de 2018, en la Universidad de Cuyo, Mendoza, Argentina.

REFERENCIAS

AVANESSIAN, A. Y REIS, M. Aceleracionismo, estrategias para una transición hacia el postcapitalismo. pp. 33-48. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

BERARDI, F. Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.

----- . La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global. Madrid: Traficantes de sueños, 2003.

CABRERA D. H. Lo tecnológico y lo imaginario. Las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas. Buenos Aires: Biblos, 2003.

CARR, N. ¿Qué le está haciendo Internet a nuestros cerebros? Disponible en <http://asociacioneuc.org/documentos/docsEUCs/62EUCNicholasCarr.pdf>, s/f.

CASTELLS, M. La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. 1.

México: Siglo XXI, 1996.

FEENBERG. A. A teoria crítica de Andrew Feenberg: Racionalização democrática, Poder e Tecnologia. Coletânea: Brasília, 2013.

----- . Transformar la tecnología. Una nueva visita a la teoría crítica. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

----- . "Marcuse on Art and Technology". University of Edinburgh Postgraduate. Journal of Culture and the Arts. Issue 08. Disponible en: https://www.sfu.ca/~andrewf/books/Marcuse_Art&Technology.pdf ,2009.

----- . Teoría crítica de la tecnología. Simon Fraser, University. Revista CTS, nº 5, vol. 2, pp. 109-123. Versión original en inglés. Traducción de Claudio Alfaraz (revisión de D. Lawler),2005.

----- . Marcuse or Habermas: Two critiques of Technology. San Diego, State University. Inquiry, 39, pp. 45-70, 1996.

FISCHETTI, N. Técnica, tecnología, tecnocracia. Teoría crítica de la racionalidad tecnológica como fundamento de las sociedades del siglo XX. Revista

Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad, vol. 7, pp.157-166. Buenos Aires, Argentina, 2011.

FISHER, M. Hacia un realismo capitalista. ¿No hay alternativa? Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

GALLIANO, A. ¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de izquierda para pensar el futuro. Buenos Aires: Siglo XXI, 2020.

HABERMAS, J. Ciencia y técnica como ideología. Madrid: Tecnos, 1986.

HARAWAY, D. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni, 2019.

LENGUITA, P. La dominación tecnológica según la Teoría Crítica. Notas para una revisión del alegato pesimista de la Escuela de Frankfurt. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2002.

LESSNOFF, M. Filosofía política del siglo XX. Madrid: Akal, 2011.

LOUREIRO, I. Herbert Marcuse. Anticapitalismo e emancipação. pp. 7-20. Trans/Form/Ação vol.28 no.2 Marília, 2005. Disponible en: https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0101-31732005000200001.

MARIAN, M. Cambio de realidad y digitalización del universo. Konvergencias, Filosofía y Culturas en diálogo. nº 28. Abril 2019. Buenos Aires, Argentina, 2019.

MARCUSE, H. La dimensión estética. Crítica de la ortodoxia marxista. España: Biblioteca Nueva, 2007.

----- . Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna. En: Guerra, Tecnología y Fascismo. Textos inéditos. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia y Fundación Editora de la UNESP, 2001.

----- . El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Barcelona: Planeta Agostini, 1993.

----- . El Fin de la Utopía. Barcelona: Planeta Agostini, 1986.

----- . Eros y Civilización. Madrid: Sarpe, 1983.

----- . Un ensayo sobre la liberación. México: Joaquín Mortiz, 1969.

MITCHAM, C. ¿Qué es la filosofía de la tecnología? Barcelona, Anthropos, 1989.

MORENO, A. Unidimensionalidad marcusiana, implicaciones y alternativas desde la dimensión estética. La colmena, Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México, pp.61-70, 2018.

ORTEGA ESQUEMBRE, C. Habermas y Marcuse contra la ideología tecnocrática. Divergencias en la teoría crítica. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, nº 71, pp. 47-62, 2017.

SADIN E. La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.

----- . La humanidad aumentada: la administración digital del mundo. Buenos Aires: Caja Negra., 2017.

SRNICEK, N. y WILLIAMS, A. Manifiesto por una política aceleracionista. En A. Avanessian, A y Reis, M. (comps.), *Aceleracionismo, estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. pp. 33-48. Buenos Aires: Caja Negra, 2017a.

----- . Inventar el futuro: Postcapitalismo y un mundo sin trabajo. Barcelona: Malpaso, 2017b.

WOLTON. D. Internet, ¿Y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación. Barcelona: Gedisa, 2000.

Recebido: 11/11/2019

Aprovado: 11/01/2021

DOI: 10.3895/rts.v17n47.11064

Como citar: GARCIA FARJAT, M.J. Reflexiones acerca del papel de la tecnología en el pensamiento marcusiano en el marco de la sociedad industrial avanzada. *Rev. Technol. Soc.*, Curitiba, v. 17, n. 47, p. 15-31, abr./jun., 2021. Disponível em: <https://periodicos.utfr.edu.br/rts/article/view/11064>. Acesso em: XXX.

Correspondência:

Direito autorial: Este artigo está licenciado sob os termos da Licença Creative Commons-Atribuição 4.0 Internacional.

